
TRES EJES DE REFLEXION PARA UNA POLITICA PROGRESISTA

Entrevista a Raimon Obiols

análisis y debate



—¿Cuáles son las características esencialmente nuevas de la izquierda en Europa que merecería la pena destacar a nivel político, estratégico o a nivel organizativo simplemente?

—A pesar de que se acostumbra a decir que en Cataluña estamos muy abiertos a Europa, a mí me sorprendió mucho, hace ahora cosa de unos tres años, la atmósfera que se respiraba en las sesiones sobre la «crisis de la izquierda» que se celebraron en Gerona. Me sorprendió una contradicción, para mí muy evidente, entre las cosas que allí se planteaban y se discutían, y aquello que me parecía obvio que se estaba produciendo en toda Europa. Eran unos momentos en los que la mayor parte de los países europeos occidentales comenzaban a plantearse con claridad la entrada en crisis de los planteamientos neoconservadores, neoliberales. Se vislumbraba el inicio del agotamiento de la ofensiva neoconservadora. Los grandes partidos de la izquierda europea, en Alemania,

Austria, Italia, Gran Bretaña, etc., iniciaban con fuerza procesos innovadores, con una clara voluntad expansiva. Hoy este fenómeno ha tomado aún más fuerza, y es más claramente perceptible. Es un proceso muy amplio de replanteamiento de los contenidos y las formas de la política de izquierdas en Europa. Mientras tanto, aquí, hay sectores de la izquierda cultural y política que se encuentran todavía en una etapa de lamentaciones o de nostalgia de viejos fundamentalismos, coyunturalmente desfasada. No se trata de minimizar el alcance de la ofensiva de la derecha en todo el Occidente. Se trata de señalar que ya han pasado muchas cosas —efectos, reacciones, nuevas posibilidades y perspectivas— desde que se inició el proceso de rápidas transformaciones económicas, tecnológicas y sociales que hemos vivido, en toda Europa y en nuestro país, desde hace una quincena de años. Y sin caer en el fácil optimismo de esperar una rápida inversión de tendencia —por ejemplo, en el terreno electoral inmediato en Europa— sí que se puede hablar objetivamente de una fuerte recuperación cultural y política de las izquierdas. Ciertamente pesimismo en nuestra casa obedece a que el desconocimiento de aquello que produce la izquierda europea era —y en parte sigue siendo— considerable. No soy partidario, en absoluto, del ejercicio del mimetismo, de jugar a modas, de copiar modelos, en el campo de la política, o más exactamente del debate cultural-político. Pero creo, en cambio, que estamos obligados a hacer planteamientos solventes, informados. Vistas las cosas desde otra perspectiva, en el campo de la derecha también el retraso es notorio. En fin, hemos asistido en estos últimos meses electorales a los intentos de introducir, con campañas fastuosas, planteamientos neoliberales y neoconservadores, hoy ya muy duramente cuestionados por la experiencia concreta de los hechos de estos últimos casos, en Europa y en los Estados Unidos de América, de la experiencia de gobiernos de derechas, de políticas monetaristas. Parece como si estuviésemos condenados a repetir, con una década de retraso, un ciclo de debates y planteamientos que podríamos ahorrarnos. Si se habla tanto de modernización, sería necesario comenzar, quizá, por poner al día nuestro debate político.

—Si bien las políticas neoliberales lo han hecho, o parece ser que hay bastantes indicios de que están quebrando, de todas formas, ¿cómo se plantean las contrapolíticas desde el punto de vista, por ejemplo, de la socialdemocracia en Gran Bretaña?

—No tomaría el caso del laborismo inglés como ejemplo arquetípico de estos procesos de replanteamiento de la izquierda europea. El Partido Laborista está haciendo en estos momentos un cambio importante con el liderazgo de Kinnock, que tiende a unificar más el partido, política y culturalmente. Pero existe todavía una herencia muy fuerte de «obrerismo», en el sentido más reivindicativo, de cultura de oposición, de viejos «tics», de corporativismo, de falsas esperanzas de realización del socialismo democrático en un solo país. Es la situación que hace decir, por ejemplo, a Peter Glotz, dirigente del SPD alemán, que los comunistas italianos Alessandro Natta o Achille Occhetto son «más realistas» que los socialistas británicos Benn o Heffer. De esta manera, podría decirse que el proceso de innovación política en el laborismo británico mantiene ciertos retrasos en lo que se refiere a cuestiones estratégicamente fundamentales: el papel del sector público y de las nacionalizaciones y la cuestión de la unidad política europea. Si miramos hacia otros países encontramos experiencias de reelaboración programática y también de práctica de gobierno que ofrecen respuestas muy sólidas, y muy sugestivas, a los problemas de la crisis

del Estado del bienestar, y a los planteamientos neoliberales. Es el caso, por ejemplo, de la actual experiencia gubernamental sueca, o de los procesos de revisión programática de los austriacos y de los alemanes. Son quizá los casos que desde la izquierda de Cataluña deberíamos seguir con más atención.

—El caso francés también debe ser un caso de enorme renovación interna de ideas. Después de haber perdido las elecciones generales, a pesar de la presidencia continuadora de Mitterrand, en estos momentos supongo que debe haber una meditación interna importante entre la gente que ha estado en el gobierno y otra gente que pueda ser crítica respecto a la experiencia de gobierno... El caso francés yo no lo he seguido demasiado a fondo, pero una persona como Rocard debe plantear alguna alternativa, me imagino, dentro del PS francés...

—Rocard estuvo en Barcelona hace poco y se expresó en términos sumamente elogiosos en relación a la experiencia gubernamental socialista en España. Vino a decir que los errores que ellos habían obviado en nuestro país, y que otra cosa habría sido la evolución de la situación política francesa si se hubieran evitado estos errores. Y, en efecto, la experiencia de gobierno de los socialistas en Francia, a mí me parece que es enormemente aleccionadora porque significa una comprobación empírica de hasta qué punto determinadas viejas concepciones u orientaciones de izquierda se muestran inadecuadas en el contexto actual. Una de las causas de la derrota del Partido Socialista Francés en la última consulta electoral —derrota por otra parte muy relativa, porque no significa un descenso sino un incremento de votos y de escaños, pero derrota al fin y al cabo porque no ha permitido mantener una mayoría en la Asamblea Nacional para continuar en el gobierno— reside, me parece, en determinadas orientaciones de la primera etapa de gobierno, en el campo de la política económica y también en un segundo campo que podríamos llamar de relación entre Estado y sociedad. Creo que en estos dos terrenos se cometieron errores, y se cometieron errores probablemente como consecuencia de un intento de mantener esquemas viejos, esquemas superados por las circunstancias. En el terreno económico se subvaloró el proceso impetuoso de interdependencia, de internacionalización de la economía, de los cambios tecnológicos, de la información. En el terreno económico comenzaron con una política de nacionalizaciones y de relanzamiento económico masivo, como terapia de choque, de «reconquista del mercado interior», de freno al proceso de integración de la economía francesa a la europea y mundial. Apostaron a favor de que todavía era posible, en el marco de un solo Estado, una política de relanzamiento de la demanda, de reactivación... la vieja política. Y bien, esto llevó en un término relativamente rápido a una situación difícil, con una inversión que tendió a descender, una caída muy dura de las reservas, un crecimiento importante de la deuda exterior, tres devaluaciones del franco en dos años. El incremento de la demanda se volvió hacia el consumo de productos exteriores: automóviles alemanes, muebles italianos, aparatos electrónicos japoneses... Fue necesario un cambio muy radical de orientación, pasar a una política de austeridad. Ahora bien: los virajes radicales en la orientación de un gobierno tienen siempre costes muy elevados en cuanto a la opinión, al consenso. También en el terreno civil, los viejos esquemas estatistas y jacobinos originaron conflictos innecesarios, por ejemplo, en el campo escolar. Parecía imposible que en los años ochenta pudiese revivirse una «guerra escolar» con la virulencia de otras épocas... Pues bien, se produjo. Y también aquí el gobierno tuvo que «envainársela», si se me permite la expresión. En otros casos podríamos encontrar el mismo fenómeno. Es decir: aquello

que hace falta retener de la experiencia gubernamental francesa —que yo valoro positivamente en muchos terrenos— es que, a pesar de los elementos positivos, o al lado de éstos, se desarrollaron situaciones de conflicto que probablemente eran evitables, como consecuencia de enfoques poco ágiles o poco adaptados a las nuevas realidades internacionales. Rocard era, no hace falta decirlo, un crítico ácido de esta situación porque había adoptado ya en el comienzo una actitud minoritaria de crítica de aquellos enfoques. Las lecciones que se pueden extraer, me parece, son, en primer lugar, que la gestión de la izquierda en el gobierno ha de ser extremadamente realista y cautelosa, ha de superar la tentación estatalista y jacobina y ha de tener permanentemente en cuenta el nuevo contexto de transnacionalización muy profunda. Hoy, políticas reformadoras profundas no son ya posibles en el marco de un solo Estado europeo.

—La sensación en estos momentos es que las condiciones reales de la estructura social y económica de un país condicionan más a las políticas de lo que las políticas modifican las condiciones de esta realidad.

—Si lo miramos en el marco de un solo Estado, es evidente. El margen de maniobra en la política económica, con todo lo que esto tiene por consecuencia, es decir, el margen de maniobra subsiguiente en el campo de las políticas sociales, está extraordinariamente limitado por el proceso de interdependencia económica internacional. Esto comporta como conclusión obvia para las izquierdas europeas que solamente habrá posibilidades de nuevos movimientos reformadores en escenarios que sobrepasen el marco estatal. Es una conclusión que lleva forzosamente a la necesidad de un nuevo internacionalismo y en este caso a un europeísmo de izquierdas.

—¿Es en este terreno donde las reflexiones de la socialdemocracia alemana aportan novedades, o es una reflexión todavía particularizada en su propio Estado?

—Es una reflexión muy sistemática. Abordan esta cuestión como capital, pero no abordan otras. El proceso de revisión del programa de Bad Godesberg, que implicará la adopción de un nuevo programa estratégico por parte del SPD, se basa en una metodología que es muy correcta, muy sistemática, analizando todas las grandes contradicciones y tendencias del momento actual, y esbozando líneas de respuesta ante cada una de estas contradicciones. Entre ellas, la que hemos comentado, es decir, la superación del marco estatal, en un contexto de crisis fiscal del Estado, por el desarrollo de políticas reformistas. Hay también, muy fuerte, una contradicción entre crecimiento económico y medio ambiente. Las preocupaciones ambientalistas son muy fuertes en el SPD, no solamente dictadas por la presión política y electoral de los «verdes»: la innovación en este terreno no es coyuntural sino bien sincera y profunda, orientada a revisiones muy drásticas del programa. Hay una tercera contradicción muy importante que es la generada por el paro estructural. Salimos de la «crisis», de eso que se ha llamado la «crisis»; todo el mundo cree que se inicia una nueva fase de crecimiento. Se da la circunstancia de que el Gobierno de los Estados Unidos y la Reserva federal incitan a los países europeos a desarrollar políticas más expansionistas. Es posible que entremos en una etapa de más crecimiento. Pero según cómo se hagan las cosas, la situación de paro masivo, estructural, continuará. No sólo se trata del problema de las innovaciones tecnológicas «labour

killing», las inversiones en nueva tecnología que no sólo no generan nuevas ocupaciones sino que las limitan; hay también una cuestión de ritmo del crecimiento. El SPD ha demostrado que sólo con un crecimiento anual del 7 % se podría llegar a la absorción del paro. De aquí que el énfasis se ponga en la posibilidad de nuevas políticas supraestatales, de nuevas posibilidades de desarrollo, de «crecimiento cualitativo» con un enfoque ambientalista, y en el «sacrificio solidario» de la población para impedir el establecimiento estable de una «sociedad dual», escindida entre gente que trabaja y gente parada, marginada, y entre trabajo altamente cualificado y trabajo precario.

Hay, en fin, otras cuestiones esenciales —también para nosotros—. La situación de los bloques, la tensión entre las superpotencias y el enfoque pragmático de perspectivas de distensión. El asunto obvio e irresoluto de la igualdad social entre los sexos. La necesidad de una renovación de las formas de la política: la contradicción aguda entre los mecanismos dominantes de la política, que hacen que ésta tienda a ser vista por los ciudadanos como un espectáculo alejado, a menudo incomprensible. Un espectáculo transmitido fundamentalmente por la televisión, por los grandes medios, con instantes escasos de participación en el momento de las elecciones. Hay un intento de respuesta ante la actual desarticulación de los mecanismos tradicionales de participación política y social de los ciudadanos. En este panorama de gran complejidad, la verdad es que los viejos valores de la izquierda tienen una total vigencia —una vigencia de crecimiento—, pero los viejos dogmas no tienen ninguna. La lección de los socialdemócratas alemanes, más allá de sus perspectivas políticas inmediatas, reside en su actitud ofensiva —porque los problemas son agudos, son dramáticos, y la derecha neoliberal tiende a agravarlos—, pero con una voluntad muy decidida de superar viejos esquemas, viejos «tics», para abrir nuevas perspectivas, y superar el miedo al futuro y las actitudes de pesimismo o de pasividad que afectan a sectores muy amplios de la opinión pública.

—Es bastante preocupante el clima de violencia que hay en algunas poblaciones europeas.

—En todo caso no es un fenómeno que se pueda calificar de nuevo; hoy está agudizado, pero es un hecho latente, estructural, en Europa. Se agrava cuando el futuro aparece obturado y problemático a muchos sectores sociales. Cuando no se ven perspectivas claras ni instrumentos al alcance.

—Pienso que en aquellas jornadas a las que hacías referencia, en Gerona, sorprendiste un poco con un planteamiento de defensa de una estructura diferente de los partidos, e hiciste una propuesta o esbozo de propuesta en el sentido de que se debía ir hacia una formación de partido al estilo del Partido Demócrata norteamericano...

—Fue deliberadamente provocativo.

—Fue chocante.

—Si lo hubiera expresado en términos diferentes no habría tenido demasiada repercusión. Al formularlo de una manera chocante obligué, quizá, a reflexio-

nar. El hecho es que el tipo de organización de los partidos tradicionales de la izquierda se va mostrando, en toda Europa, inadecuado. Se deben reformular culturalmente y organizativamente. La izquierda europea, los partidos de la izquierda, han vivido un modelo de partido, han tenido un «partido modelo», que ha sido el partido socialdemócrata alemán de principios de siglo. Es decir, el modelo de un partido centralizado, unificador, que desarrolla una «línea correcta» y en permanente expansión, agregando un número creciente de militantes y, a su alrededor, un amplio abanico de organizaciones colaterales: sindicatos, cooperativas, organizaciones de mujeres, movimientos juveniles, ligas de deporte popular, ateneos obreros, etc. Con una visión inspiradora que es la de un proceso permanente de crecimiento orgánico, cultural, político, de una «contrasociedad» que iría sustituyendo, reemplazando a la sociedad burguesa; el partido identificándose con la clase, la clase identificándose con la nación, mediante unos procesos de hegemonía creciente. Los partidos comunistas también adoptaron, exagerándolo al límite, este esquema; han vivido esto. Es un esquema muy eficaz en determinados contextos sociales y culturales. Hoy, en las presentes circunstancias, es totalmente inadecuado. La sociedad no es la de principios de siglo, no hace falta decirlo. Es mucho más plural, mucho más diversificada socialmente y al mismo tiempo mucho más interpenetrada por los grandes medios de información y culturales. Una sociedad más móvil, más dinámica, más flexible. ¿Qué respuesta «organizativa» dar a esta nueva situación? Hay quien teoriza la necesidad de ir hacia un tipo de «partido ligero», altamente tecnificado, un partido de elecciones y de gestión, eficazmente presente en las instituciones y en los «media», y que prescindiera del lastre de una afiliación de masas, de una presencia activa y directa en la sociedad. Yo no creo que esta sea una buena respuesta: comporta un riesgo muy grande de deriva, de instalación en un esquema de «management» político, de cinismo y, como se dice ahora, de oligarquización. La organización de masas es indispensable si se quiere mantener una tensión positiva «entre las ideas sobre el mañana y la realidad del hoy», por decirlo con palabras de Palme. Ahora bien, sólo una vía fuertemente federalizadora, autoorganizadora, diversificada, puede permitir, aunque a primera vista parezca paradójico, el desarrollo de organizaciones políticas de masas. Esto significa el rechazo drástico de la idea de partido dirigente, de dirigentes de partido que lo saben todo, que hablan de todo y deciden sobre todo lo divino y lo humano. Significa avanzar hacia una organización de masas, entendida como pacto, como federación de un amplio conglomerado de grupos, de sectores, de movimientos e iniciativas que confluyan en unos proyectos comunes, en un proceso político-cultural común, sin dejar de reflejar y mantener sensibilidades y prácticas muy diversificadas. De aquí la referencia a un «partido demócrata»...

—¿Pero en la vida norteamericana no es todavía más espúrea la participación política?

—Abandonemos la comparación con el partido demócrata norteamericano, que era simplemente... una provocación. Yo no deseo una «americanización» de la vida política y del modelo de los partidos; todo lo contrario: una política de participación y de autoorganización, mediante la cual el mayor número posible de ciudadanos puedan ser agentes activos y conscientes de movimientos reales de construcción del futuro. En Europa se produce, en estos momentos, una cosa muy peculiar. Existe, por un lado, una cierta crisis de las organizaciones sindicales y de la militancia política tradicional. Pero no creo que sea acertado generalizar esto y afirmar que estamos asistiendo a una crisis del asociacio-

nismo, de la participación, de carácter ineluctable. Más bien se produce, quizá, un fenómeno de signo contrario: el paso de una etapa muy «privatista» a una nueva fase de pulsión colectiva, de voluntad de participación, de «socialidad», de contacto entre la gente, por medio de múltiples iniciativas que toman nuevas formas, formas que llevan a los italianos a hablar de «militancia sin pertenencia», participación sin afiliación, para decirlo de otra forma. La gente se mueve por objetivos precisos, por problemas concretos, no por discursos abstractos. Esto me parece eminentemente positivo. En nuestra casa, el fenómeno de voluntariado olímpico es espectacular: no se ha podido dar abasto a esta avalancha de movilizaciones. Fijémonos, por ejemplo, en el caso italiano: parece que el asociacionismo popular crece de una forma notable, después de un período crítico, a finales de la década de los años setenta. Se fundamenta en un tipo de participación que no tiene nada que ver con el viejo esquema del militante político que actuaba como transmisor, de arriba hacia abajo, de directrices o consignas generales. Son gente normal, ciudadanos corrientes, jóvenes, mujeres trabajadoras, que quieren hacer algo positivo, solidario; que se sienten incompletos si se limitan a la esfera privada. Quieren hacer cosas concretas y humanamente gratificantes en el campo de los problemas ambientales, de la economía social, del ocio, de la situación femenina, del voluntariado social..., no contemplan esta acción como instrumental en un sentido político estrecho, sino plenamente justificada en sí misma, con un valor intrínseco, un valor en sí. Es una especie de reacción instintiva contra la gran presión hacia el individualismo, la competitividad, la atomización social, la soledad, que está contenida en las propuestas de futuro que hace la derecha. Quizá me he desviado un poco de lo que me preguntabas.

—*No, yo hablaba de la participación...*

—Ahora bien, lo que es cierto, visto desde los partidos, desde los sindicatos, es que efectivamente la existencia de masas críticas, seguidores del discurso tribunicio, tiende a desaparecer, y hay partidos que no saben adecuarse a esta realidad, se empeñan en practicar un único discurso tribunicio tradicional y entran en la barrera de la decadencia, del descenso orgánico y electoral. Algunos partidos comunistas han caído de una manera espectacular. También aquí la idea de una reformulación parece plenamente necesaria.

—*Este es un tema que me imagino que en el contexto español es importante porque los partidos son relativamente jóvenes, porque la democracia es relativamente reciente y porque se salía de una etapa en la que no se conocían ni tan sólo, digamos, dirigentes políticos demócratas. Todo esto, ¿no ha de configurar también un cierto tipo de estructura de partido y de relación entre partido y sociedad bastante clásico? Poca afiliación, poca participación, y en cambio una participación, digamos, en momentos electorales muy condicionada por la imagen televisiva de los mensajes. ¿No es un poco peligrosa esta estructura en nuestro contexto? Debemos de estar en un índice de afiliación mucho más bajo todavía que los partidos europeos. Y en los sindicatos es también mucho más bajo.*

—Es más bajo, efectivamente. A pesar de eso soy relativamente optimista sobre la situación española. El actual período democrático, sobre todo en el campo de la democracia local, municipal, es un elemento fuerte de incentivación hacia la participación y el asociacionismo. En Cataluña, la existencia de una tradición civil más activa, de asociacionismo más arraigado, nos hace quizá

olvidar que en el resto del Estado la situación era globalmente diferente. Se partía, en muchos lugares, de una situación tan a ras de cero que los ayuntamientos democráticos han constituido un elemento de activismo muy importante y eficaz. Curiosamente, tanto en Cataluña como en algunas áreas urbanas importantes, el asociacionismo popular, construido durante la dictadura sobre una matriz reivindicativa, de lucha, de protesta, ha tenido dificultades para modificarse en función de la nueva situación democrática. De todas formas, se está evolucionando hacia nuevas formas, hacia un asociacionismo de nuevo tipo, y me parece que éste es uno de los fenómenos más interesantes de seguir en Cataluña.

La intervención catalana en la política de Estado

—Entremos, por esta vía, a tratar el tema siguiente, el de las relaciones políticas Cataluña-España, de las interrelaciones de estas cuestiones. No sé si desde un punto de vista general o desde un punto de vista concreto, porque como entrábamos por la vía, digamos, de las relaciones entre partidos y sociedad, también podríamos hablar aquí de las relaciones entre un conglomerado, un partido tan importante como es el PSOE con el socialismo catalán, que es una de las vías, o bien si tratamos el tema desde su globalidad; es decir, ¿cómo se participa desde Cataluña en la política del Estado?

—Como te parezca.

—Déjame preguntarte primero por el fracaso del PRD y de Miguel Roca.

—Dicen que se han equivocado en su diagnóstico de la sociedad española, cosa que plantea inmediatamente una pregunta: ¿no es posible que se equivoquen también en su diagnóstico sobre el Estado español? Una política catalana de relación con España parece que ha de basarse en estos dos grandes ámbitos. De una parte la sociedad, la opinión pública; de la otra, el Estado, con su evolución, sus contradicciones, etc. Por lo que respecta al primer paquete, pues, dicen que han errado y piden a los pensadores españoles que reflexionen...

—Lo admiten de una manera muy relativa, lo que dicen es que no les han entendido.

*—En todo caso, admiten un error de diagnóstico. Pero, ¿y el segundo gran tema, el sector público, la Administración, el Estado? Aquí se manifiestan con una absoluta y total seguridad. Nadie les ha preguntado: ¿no es posible que aquí también se equivoquen? Porque, está claro, aquí nos involucran a todos. Al fin y al cabo, una aventura electoral involucra a un partido, una opción partidista; pero un diagnóstico errado en la base de una relación del gobierno de Cataluña con el gobierno del Estado afecta a toda Cataluña, que es lo que está pasando. Hay después otro problema, que es muy curioso y que seguramente viene a cuento de la pregunta que me hacías sobre la relación entre el socialismo catalán y el socialismo español. Es la cuestión siguiente: leo, por ejemplo, una larga entrevista a Roca en *La Vanguardia* que acaba con una manifestación de voluntad de diálogo con el gobierno socialista: puede que sí sea necesario que nos sentemos a discutir, a dialogar, a entendernos. En este punto, el periodista —me*

parece que era Martí Gómez— le pregunta: ¿eso pasa también por el diálogo con el PSC? Y Roca responde que no, que no pasa por el diálogo con los socialistas catalanes porque no mandan, los que mandan son los de Madrid. La vieja postura de obviar, más o menos despectivamente, a los socialistas catalanes porque «no mandan», en definitiva. De lo que Roca no se da cuenta es de que precisamente aquí, en este punto, está una de las claves explicativas más importantes de su fracaso ¿Por qué? Pues porque muestra una total incapacidad para comprender unas relaciones no subordinadas entre un partido catalán y un partido español. Porque el mismo razonamiento que él aplica al socialismo catalán, los electores y el mundo de la política española, podían aplicarlo al PRD: el PRD no manda, quien manda es Convergencia, es Roca, es Pujol. Todo lo que sea abordar la cuestión de las relaciones entre fuerzas políticas catalanas y españolas bajo el paradigma de la subordinación lleva al fracaso más estrepitoso, ¿te das cuenta? Si no queda totalmente claro que no mandan los unos sobre los otros, sino que hay un proyecto común, una coordinación y un trabajo común, y, lógicamente, una especificidad de planteamientos y todos los tira y afloja que hagan falta, no se va a ningún sitio, literalmente.

—El modelo de relaciones entre el PSOE y el PSC, ¿es un modelo que va teniendo una conducta lineal, que ha ido variando, progresando dialécticamente? ¿O bien es bastante un esquema cerrado desde sus orígenes? Un tema interesante, porque en cierta medida el proceso de unificación aquí, con todos los sectores que formaron la Convergencia socialista y más tarde el PSC, fue un proceso de integración bastante auténtico, que tuvo sus contradicciones iniciales, pero que parece que no ha tenido más trascendencia que estas dificultades iniciales. En cambio, de una u otra forma, ha quedado materializada una cierta subordinación, a veces incómoda, por ejemplo, cuando se ha querido tener un grupo parlamentario y no se ha podido conseguir, cuando... en fin, cuando quizá el socialismo catalán tendría algunas características diferenciales, por la propia historia del socialismo en Cataluña, y ha quedado bastante subsumido dentro de las necesidades generales de la política de Estado. Esto siempre acarrea que después haya interpretaciones esquemáticas, desde los opositores a la política socialista, que digan: «los que mandan son los otros», o que hagan esta caricatura. Bien, en definitiva, también hay muchísima gente del socialismo catalán que está integrada en el aparato del Estado, y que está interviniendo de una forma muy directa. Pero más que la participación de militantes socialistas catalanes en la política general del Estado, que no parece que sea problema, la canalización, la opinión del Partido Socialista de Cataluña en el conjunto del socialismo español, ¿está, digamos, en una buena vía? Este es un tema importante, me parece, incluso para el futuro de los socialistas en la política catalana.

—Esta relación creo que está en una vía correcta, y no en una fase rígidamente establecida. Es lógico porque las cosas van evolucionando, irán siempre evolucionando. En este sentido no creo que haya un paradigma definitivo, un esquema definitivo de relación entre el socialismo catalán y el socialismo español. Irá evolucionando en función de las circunstancias. Por ejemplo, si el socialismo catalán hubiera logrado una mayoría en las elecciones autonómicas del 80, probablemente las cosas no serían exactamente iguales. Tampoco serían muy diferentes, pero no serían exactamente iguales. Ahora bien, nos encontramos en un esquema móvil, dialéctico, que va evolucionando en función de las circunstancias, y yo creo que presenta un balance positivo, en tres sentidos como mínimo, los tres igualmente importantes. En primer lugar, ha ganado la unidad

del espacio electoral socialista en Cataluña; esto a menudo se subvalora, pero tiene para nosotros —y yo creo que para Cataluña y para la política catalana— una importancia capital. Si el espacio socialista hubiese quedado descuartizado o dividido en dos opciones —una opción sucursalista y una opción de socialismo catalán independiente—, tanto una opción como la otra habrían sido opciones menores y no sólo enfrentadas entre ellas, sino sin ninguna posibilidad de triunfar, de desempeñar un papel importante en la política catalana.

El segundo factor, más allá del estrictamente electoral, es el factor de lo que podríamos llamar un proceso de unidad cultural y social dentro de Cataluña. Una división entre los espacios socialistas en Cataluña habría tenido una traducción comunitaria muy fuerte y, probablemente, dramática. En este campo, creo que el balance es sumamente positivo y legitimaría, por sí solo, nuestro proceso de relación con el PSOE.

El tercer aspecto es el de la participación en un proyecto general de los socialistas para el conjunto del Estado. El peso del socialismo catalán dentro del proyecto general es probablemente el que le corresponde. Sería absurdo que nosotros pretendiésemos, desde el socialismo catalán, marcar las pautas del socialismo español.

Tenemos que participar, tenemos que participar de una manera abierta y franca, situándonos exactamente en el nivel que corresponde al peso de Cataluña dentro del Estado español, dentro de España, y del peso de nuestro partido dentro del conjunto del socialismo de todo el Estado. Nuestra presencia creo que ha sido satisfactoria, pienso que lo seguirá siendo, pero probablemente ha de crecer más, no tanto en lo que hace referencia a sus aspectos específicamente catalanes, sino en lo que hace referencia a sus aspectos estratégicos y políticos: lo que marca una cierta especificidad del socialismo catalán como socialismo menos estatalista, más autonomista, más de sociedad civil. Y aquí, por descontado, hay una tarea que realizar, que no hemos de realizar de una manera aislada, sino en relación con todos los sectores del socialismo español que pueden evolucionar hacia planteamientos de esta naturaleza.

¿Conflictos?, ¿contradicciones? Sin duda. Todo proceso político real tiene conflictos y contradicciones, pero no tanto en el terreno simbólico y aparente —que es quizá el que aparece más— sino en este terreno más profundo de orientación estratégica. A mí lo que me preocupa en este momento no es tanto que podamos disponer de un grupo parlamentario propio, sino que una determinada sensibilidad del socialismo menos estatalista, menos burocrático, más federalista, más libertario, se puede desarrollar en el conjunto del socialismo español. El socialismo catalán desempeñará un papel, un papel importante, no tan sólo en cuanto socialismo catalán, sino en cuanto que es un socialismo que desarrolla una herencia cultural política que es federalista, antiburocrática, anticentralista.

—Viendo la historia contemporánea en Cataluña, en períodos de hegemonía de la izquierda, cuando coincide esta hegemonía de la izquierda en Cataluña y en España, normalmente hay una colaboración. Aquí en Cataluña, durante el período republicano, sectores de la izquierda y los sectores republicanos de la época participaron en gobiernos españoles, el mismo Companys era Ministro

de la Marina. Y, en cambio, el catalanismo de la burguesía se tiene que inventar fuera de Cataluña el partido que los represente para llegar al poder. No sé si es una crisis de la derecha española lo que hace que la derecha catalana quiera, de una forma o de otra, suplantarla por su cuenta. Me parece que la historia se repite en la visión actual de Convergencia, de querer inventarse también un partido que los represente en todo el Estado, para aplicar unos modelos o unos criterios que exporta desde el catalanismo de derecha, desde el catalanismo conservador en Cataluña, al resto del Estado. ¿Esto se podría interpretar de entrada como una crisis de relación entre las propias burguesías, una falta de visión política de la burguesía catalana en la política? La burguesía de principios de siglo sí que parece que es esto, ¿no? Decide que va a la conquista de todo el mercado a nivel económico, de todo el mercado español, y después le falla la estructura política y entonces quiere, de la misma forma que ha conquistado mercados, conquistar el Estado. Yo no sé si la burguesía actual catalana, que no es tan emprendedora en el sentido económico como aquella, aplica el mismo esquema a nivel político...

En fin, no sé si estoy haciendo una disertación en lugar de una pregunta. Pero lo que interesa es ver un poco este paralelismo de conductas, ¿a qué se debe? A la crisis política de la derecha que no ha encontrado una identificación en el conjunto de pueblos del Estado español y, entonces, una burguesía nacional, como la catalana, ¿se monta su esquema para poder funcionar en todo el Estado? ¿Una falta de articulación entre las burguesías españolas?

—Las izquierdas, sociales y políticas, de Cataluña han defendido siempre un modelo de organización federal del Estado. Intereses comunes, elementos de afinidad ideológica y la misma defensa de este modelo federal les han permitido históricamente articularse o encontrar interlocutores con las fuerzas afines del resto del Estado. Las derechas catalanas han intentado, efectivamente, algunos procesos de participación y hegemonía: la presencia de Cambó y hombres de la «Lliga» en gobiernos de la monarquía, o el intento interesante del Centro Constitucional, ya en puertas del catorce de abril —intento, entre paréntesis, que puede tener, como se ha comentado, cierto paralelismo con el intento del PRD, y sería fácil recordar aquí la frase de Marx de que la historia siempre se repite dos veces, la primera seriamente y la segunda en broma—. En todo caso, el problema de las derechas catalanas ha sido siempre el mismo: no tenían suficiente fuerza para hegemonizar un proyecto español y no encontraban interlocutores o potenciales aliados. Supongo que el hecho de que los diarios conservadores de Madrid hablen hoy encomiásticamente del presidente Pujol o le hagan «español del año» no es un hecho suficientemente significativo para que nadie en Cataluña moderadamente serio, comenzando por el propio Pujol, puede creer que este problema se ha resuelto milagrosamente. La cuestión es la siguiente: en Cataluña existe una mayoría amplia, más allá de las fronteras entre los partidos, que quiere un autogobierno real, profundo, y un proceso de reconstrucción nacional dentro de un Estado democrático y plurinacional. ¿Esta mayoría necesita aliados fuera de Cataluña? Yo creo que necesita aliados, es de sentido común. Si no tiene, las únicas hipótesis que aparecen en el horizonte son las de cerrazón resistencialistas, sin perspectivas, sin solución concreta de los problemas concretos, o bien la hipótesis del independentismo, irrealizable y trágica. Estas alianzas, entonces, ¿dónde ha de buscarlas Cataluña?, ¿en la izquierda o en la derecha? Si miramos la historia y también la realidad actual, parece fuera de discusión que por muchos problemas que haya habido de incomprensión del hecho nacional catalán en la izquierda social y política de España, la compa-

ración con lo que han sido las actitudes de la derecha es extraordinariamente espectacular. La derecha española ha sido medularmente anticatalana y anti-autonomista. La alianza con la izquierda española no es idílica, es contradictoria, a veces conflictiva, pero tiene un doble mérito. Es una alianza posible y que permite avanzar.

De lo que tenemos que darnos cuenta, hoy, es de que en España hay una fase histórica nueva; una fase democrática y de cambios muy rápidos, impetuosos, en la economía, en la sociedad, en la cultura. Es también una fase de transformación del Estado en una perspectiva autonómica. Las autonomías van convirtiéndose en realidades estructurales, en bastantes casos muy arraigadas, populares. Todo eso que se dice de que las autonomías fuera de Euskadi y Cataluña son un fenómeno superestructural, yo creo que es un error. En todo el Estado, con mayor o menor intensidad, los ciudadanos quieren autonomía, quieren, por decirlo así, «gobierno cercano». Por más errores que cometan sus gobiernos autonómicos —que sin duda los cometen— su trayectoria global es positiva. Y sobre todo los problemas que generan no son equiparables, en la percepción del ciudadano corriente, a la magnitud de los grandes problemas pendientes de modernización y democratización de los aparatos centrales del Estado. Esto indica una posibilidad esperanzadora: que las autonomías puedan ser un elemento dinámico en la modernización del sector público en el conjunto del Estado. Esta perspectiva me parece una línea muy fructífera para Cataluña.

—A un nivel ya de proyección estratégica. La consolidación real autonómica o la tendencia hacia un modelo más o menos federalista ha de contemplarse, supongo, también dentro de un esquema de lo que puede ser durante los próximos años una tendencia hacia la unidad europea, por lo tanto, hacia la pérdida de soberanía de los Estados, la cesión de soberanía, de poder real a una estructura supraestatal. Es decir, que aquí habrá por un lado un proceso de concentración de poderes a nivel multiestatal, pluriestatal y, al mismo tiempo, una atención hacia la consolidación de modelos micropolíticos regionales, digamos, a nivel europeo, es decir, que se pueden ir configurando dos modelos diferentes de Estado (estoy hablando de Estado europeo). Una tendencia muy superestructural y, en cambio, otra hacia la Europa de los pueblos, la Europa más concreta. Digamos que esta doble dialéctica que también se da dentro del Estado español, pienso que se ha de ver con una proyección a nivel de la construcción del Estado europeo, y que no nos será indiferente un proceso del otro.

—Pero yo creo que es eso lo que ofrece precisamente una gran posibilidad estratégica para Cataluña. Quiero decir que Cataluña, en este contexto de evolución de las próximas décadas, puede preservar y desarrollar un margen de maniobra si no se obsesiona su autogobierno en problemas permanentes de soberanía, de pequeño jacobinismo, y se preocupa en cambio mucho más de la conquista de espacios concretos de autorrealización. Desde este punto de vista, si se avanza por la vía de compromisos constructivos con el Estado español, por la vía de la unidad europea y por la vía de la realización concreta de cosas en nuestra casa, se avanza muy sólidamente, muy positivamente. Pero esto requiere el abandono de fantasmas, requiere el abandono de retóricas. Prosiguiendo el camino de la discusión existencialista, de la gesticulación retórica, de la confrontación sistemática, sería muy negativo en la etapa actual para Cataluña; seguramente había, según la expresión de Josep Pla, una «anima en pena», es decir, una nación sin proyecto viable. En cambio, hoy está abierto el camino de los

compromisos constructivos y de las realizaciones prácticas. Recorrer este camino con talento es el reto básico de la política en Cataluña. Desde este punto de vista, el marco constitucional y el propio Estatuto son instrumentos válidos; podemos topar en un momento o en otro con limitaciones o con problemas, sin duda. Pero plantear, como a menudo se hace desde Convergencia, que estamos peor ahora que antes de disponer del Estatuto, sería llevar el barco contra las rocas, sería orientarnos directamente hacia la frustración abriendo la puerta a cualquier tipo de aventura negativa desde el punto de vista del desarrollo en nuestro país.

Hoy hay un proceso en marcha de desarrollo de las autonomías. Sin duda, en este proceso general se verifica un decantamiento entre las comunidades autonómicas que responden a realidades nacionalitarias y las que responden a una voluntad de descentralización, de establecimiento de gobiernos intermedios y más próximos al ciudadano. Este proceso irá avanzando si lo que domina es el espíritu de negociación, de compromiso constructivo, a lo largo de una experiencia de gobierno socialista en Madrid que será probablemente bastante prolongada. Ahora bien: si en la política catalana lo que dominase, en este contexto de los próximos años, fuese una orientación de choque con el Estado, de minusvalorización constante de aquello que tenemos como instrumentos reales de autogobierno y de reconstrucción nacional —es decir, el discurso que nosotros definimos en su momento como «victimista», expresión que ha hecho fortuna y que por lo tanto debe responder a algo real—, entonces entraríamos probablemente en una etapa mala para Cataluña. Sería mala por las razones siguientes: porque una relación conflictiva constante entre Cataluña y el Estado fortalecería las opciones políticas partidarias de esa confrontación, tanto en Cataluña como en España; porque eso podría significar el mantenimiento por un período prolongado de una hegemonía de los sectores en confrontación, hegemonía que en Cataluña estaría acompañada por un amplio despliegue de todos los factores negativos hoy existentes. Tendríamos administración partidista, administración politizada y en manos de un solo partido, clientelismo. Tendríamos que hacer frente a un discurso político irreal —no relativo a la realidad sino a los fantasmas construidos alrededor de la realidad—, tendríamos una división permanente en Cataluña. Eso llevaría a que el país fuese cogiendo un aire «siciliano» en el campo político, con un partido-régimen impregnando todos los resortes, con una red clientelar espesa y degradadora y una impotencia de las fuerzas de oposición para cambiar esa situación. Me gustaría que esto fuera exagerado, pero creo que estamos realmente ante un riesgo de esta naturaleza.

Al contrario, si la política de confrontación victimista se superara, en Cataluña se puede volver a tomar una vía de autorrealización plural y constructiva. Esta modificación de la situación política catalana sólo puede producirse sobre la base de dos posibilidades. Una de ellas, en la que yo he creído en algún momento pero debo decir que cada vez creo menos, es la posibilidad de un giro estratégico por parte de la actual mayoría. Es decir, que los dirigentes de Convergencia hicieran un giro positivo en el enfoque de sus relaciones con el Estado, con las otras fuerzas políticas catalanas y con las instituciones catalanas gobernadas por estos partidos. Y la otra alternativa es un cambio de mayorías en el Parlamento catalán que permita un nuevo curso de la acción del Consejo Ejecutivo de la Generalidad.

Por una alternativa de progreso en Cataluña

—Así entramos plenamente en la tercera cuestión y en el tercer eje de lo que hablábamos, que es cómo construir esta mayoría. En cierta medida ya has explicado cuáles son las fuerzas sociales que podrían concurrir. Hablemos quizá desde esta óptica, la óptica de qué estrategia podría unificar estas fuerzas.

—Hay tres sectores, fundamentalmente. Por una parte, uno que tiene un gran peso electoral y político: el socialismo. Están también las izquierdas no socialistas: los comunistas, genéricamente, pero también otros grupos organizados o no; especialmente un grupo numeroso de personas con un pasado activo, político y sindical, que hoy hacen planteamientos genéricos de izquierda sin un referente político preciso. Hay también un sector, muy importante aunque embrionario, poco estructurado, que es un catalanismo que hace planteamientos modernos y que de una u otra forma enlaza con la sensibilidad unitaria del catalanismo político en su versión «Assamblea de Catalunya» o en su versión «terradellista», para entendernos. Probablemente sólo por medio de una dinámica que permita el crecimiento y la confluencia flexible de estos tres sectores —no de uno solo de ellos— es posible pensar en un cambio político real en Cataluña. No estoy hablando en términos electorales sino en términos estratégicos. Ahora bien, la cuestión más importante seguramente, desde esta perspectiva, es el tipo de evolución que en el curso del próximo período harán estos sectores de la izquierda no socialista y del catalanismo progresista en Cataluña. Es la gran incógnita, cuya resolución será probablemente muy determinante. Si se orientan hacia formulaciones pasivas, de lamentación, de afirmación existencialista, de cultura de oposición, pensando que lo que han de hacer es reconstruir su fuerza en un período prolongado de hegemonía «pujolista» o, como ha teorizado alguien, de doble hegemonía —«pujolista o felipista»— se equivocarán dramáticamente: no recuperarán su fuerza y contribuirán, quizá decisivamente, a impedir una alternativa de progreso en Cataluña. Su viabilidad sólo puede ser recuperada si se sitúan decisivamente dentro del área de una cultura política de gobierno, y si se replantean sus relaciones con el socialismo catalán y con la actual experiencia de gobierno socialista en España. Pienso que esta reflexión es válida tanto por el esfuerzo de refundación que se planteaba la nueva dirección del PSUC, como también para salvar —si es que se puede salvar— el «impasse» de Esquerra Republicana, o para aglutinar proyectos viables del catalanismo de centro-izquierda.

—El nuevo secretario general del PSUC, desde que es secretario general, ha tocado este tema varias veces. Parece que cada vez es más aceptado, dentro del PSUC, el hecho de que la hegemonía política de la izquierda en Cataluña la tiene el PSC, es decir, el reconocimiento de partido mayoritario y, por lo tanto, de eje sobre el cual ha de vertebrarse cualquier estrategia futura. Yo diría que esto es un cambio cualitativo importante respecto a años anteriores en los que la confrontación ha sido muy visceral, ¿no? Esto por una parte, y la perspectiva de que lo que se ha de ir a crear es una fuerza suficiente para cambiar las mayorías del país, son dos ejes, dos objetivos, que deben ser bastante coincidentes en estos momentos con vosotros, ¿no crees? Uno porque es el reconocimiento de vuestra hegemonía, la hegemonía del partido de los socialistas, y el otro, porque coincide con esta estrategia básica de crear una nueva mayoría. Después, lo que se debería saber es cómo verías la articulación de esto, la canalización de estas corrientes, ¿cómo lo verías desde un punto de vista instrumental?

—No quiero hacer ningún tipo de afirmación apriorística. Sería un ejercicio gratuito e imprudente. Está, además, la legítima actitud de las fuerzas políticas que no ven con buenos ojos que otros les digan lo que tienen que hacer. Pero es necesario discutir sobre los problemas comunes.

Comencemos por el PSC. El PSC tiene la obligación de abrir sus planteamientos para así ir convirtiendo una hegemonía electoral en una realidad más rica, suscitando ideas, lanzando iniciativas, moviéndose en ámbitos muy diferenciados de la sociedad catalana. Ha de hacerlo sin ninguna clase de prepotencia, con modestia y con sinceridad. Ante la cuestión de cómo construir una nueva mayoría de progreso en Cataluña, hemos de plantear nuestras posibilidades y nuestras limitaciones con toda franqueza. Queremos hacerlo con todos los sectores receptivos a nuestros planteamientos. ¿Qué les pedimos? No que se coloquen como subordinados, detrás de nosotros. Les pedimos que tengan en cuenta unas pocas cuestiones esenciales. En primer lugar, que el proyecto político del nacionalismo conservador se agota progresivamente, con el riesgo de que este agotamiento lleve a planteamientos radicalizados, que necesitamos evitar. En segundo lugar, que las izquierdas podemos avanzar posiciones, con la condición de no cometer errores. En tercer lugar, que existen elementos para cuajar una oferta creíble y movilizadora desde los sectores progresistas del país. Quiero atraer la atención, por ejemplo, sobre la importancia que en este sentido tiene el proyecto olímpico. Como ha dicho alguien, no deja de ser paradójico que el mayor éxito que ha conseguido Cataluña desde 1980 no haya surgido del gobierno autonómico, obnubilado por una visión miope, sino de instancias del gobierno de los socialistas. Es un gran ejemplo de cómo las fuerzas de progreso hemos de plantear nuestro proyecto: unidad en Cataluña y negociación inteligente con Madrid.

El reto que tiene delante la nueva dirección del PSUC es muy importante. Requeriría un gran coraje político y personal de esta dirección enderezar las cosas para llevarlas a un punto diferente de donde parece que van inercialmente. Quiero decir abrir una vía de rechazo de la idea de que han de luchar, para afirmarse, contra el pujolismo y contra el socialismo. Requiere valor porque en las bases del PSUC —no en su electorado, desde mi punto de vista— hay este doble síndrome, muy fuerte, de creer que una recuperación vendrá a partir de atacar y debilitar a los socialistas, y de pensar, en segundo lugar, que pueden avanzar en esta línea con la afirmación de un mayor «nacionalismo». Pero la aproximación a los prosoviéticos y al nacionalismo semi-independentista sería un error; reconducir en sentido contrario, hacia una autonomía que permita el diálogo con nosotros, me parece la única vía posible para ellos, y sería también interesante para nosotros, porque permitiría una colaboración en el Parlamento que surja de las elecciones de 1983 y, eventualmente, en el Consejo Ejecutivo. Podrían así participar en la configuración de una nueva mayoría y de un nuevo curso en el autogobierno catalán.

Querría resumir, para acabar, los elementos básicos de nuestro mensaje político con vistas a 1988. Constituyen una triple propuesta. Un primer eje es el reforzamiento del diálogo y del entendimiento de las fuerzas políticas catalanas en las grandes cuestiones de la política catalana. Queremos continuar y desarrollar la política ya iniciada de plena disponibilidad para la colaboración política en las cuestiones de trascendencia estratégica para la autonomía de Cataluña. El catalanismo político y el desarrollo de la Generalidad no pueden ser patrimonio de un partido en exclusiva —tampoco del nuestro— sino del conjunto

de Cataluña. El «momento unitario» tendrá que mantenerse durante toda la fase de enderezamiento nacional: plena colaboración entre instituciones catalanas, compromisos constructivos sobre la base de proyectos de futuro (al estilo «olímpico»), restitución del papel de la oposición dentro de la Generalidad, primacía del Parlamento como impulsor de la tarea de gobierno, etc.

El segundo elemento es una propuesta programática para la etapa decisiva que se abre en Cataluña con la crisis de agotamiento del nacionalismo conservador. Una propuesta que implica: colocar a Cataluña en un papel avanzado en España, con una nueva relación con el gobierno del Estado y abriendo camino en el desarrollo del Estado autonómico; abrir Cataluña al mundo: hemos visto, en el caso concreto de los Juegos Olímpicos, cómo una Cataluña abierta, unida y proyectada hacia el futuro ha obtenido resultados positivos en sus negociaciones con el Gobierno central y ha hecho una brillante proyección internacional; desarrollar unas instituciones representativas y abiertas a todos los ciudadanos, introduciendo cambios decididos y urgentes para volver a una Generalidad unitaria, despartidizada y abierta, con una Administración autonómica eficiente y rigurosa; avanzar, en fin, hacia una sociedad más igualitaria y más moderna, que permita que todos los ciudadanos se sientan respetados y protegidos por sus instituciones de autogobierno, y haga posible proyectos concretos de renovación e impulso en los diferentes campos. Esta propuesta está diseñada. Inspira nuestra acción en el gobierno de los municipios y en la oposición dentro del Parlamento. Creo que va ganando día a día credibilidad.

El tercer elemento reside en la potenciación de este proyecto programático y la agregación y movilización de sectores más amplios de la izquierda en torno a la propuesta de una nueva mayoría y un nuevo gobierno. El PSC ha ido convirtiéndose en el punto de referencia de un proceso largo y complejo de reestructuración del conjunto de la izquierda en Cataluña. Es necesario proseguirlo, ampliando y multiplicando los terrenos de diálogo. Numerosos sectores ven con preocupación y temor las consecuencias que puede tener para Cataluña la continuidad del gobierno del nacionalismo conservador y aceptan sin recelos que una alternativa progresista ha de salir y ha de tener como eje central el socialismo catalán. Desean un diálogo sincero y crítico, con afán de vincularse activamente. Los aspectos claves para triunfar en este proceso son dos: encontrar formas de movilización y vinculación a un proyecto con vistas a 1988, y encontrar el camino de una máxima potenciación, ante la opinión pública, de las respuestas concretas que este proyecto ofrece a los problemas que tiene planteados la sociedad catalana. Haremos todo lo posible, y más si es necesario, para triunfar en estos dos aspectos claves.

Enric Bastardes y Albert Musons
De L'Opinió Socialista
